

KUHN (Helmut): *Le concept de l'ordre*. "Gregorianum". Ann. XLIII, 1962, vol. XLIII, 2 (págs. 254-267).

*Order is heaven's first law*. Con esta frase había resumido Alexander Poper el pensamiento occidental en un momento en que se preparaba la revolución romántica. Pero muchos siglos antes, el orden, "primera ley del cielo", había sido ya uno de los conceptos fundamentales de nuestro pensamiento porque es éste un concepto que pertenece no sólo a la filosofía, sino también a la ciencia y a todas las fases de nuestra vida.

El mundo es para los griegos "cosmos" y no caos, es decir, orden, porque en él están *dispuestas* las cosas con arreglo al lugar que les corresponden. Pero no sólo el orden es orden de cosas (*ordo rerum*), sino orden del tiempo (*ordo temporum*) y orden de las ideas (*ordo idearum*). Y el orden es filosófico, físico, metafísico, lógico, social, jurídico, político, económico, internacional, etc., etc.; podrían multiplicarse las acepciones del orden allí donde hay elementos ordenables susceptibles de ser dispuestos o colocados en relación a un fin. Así entendían el orden la *diazesis* griega, la *dispositio partium* agustiniana y la *ratio rerum in finem* tomista. Y hasta los pesimistas más avanzados como Nietzsche y Schopenhauer, han tenido que rendirse, como lo hiciera Kant, a la evidencia de la existencia y objetividad del orden.

Solamente en la época moderna el concepto del orden ha sido desvalorizado, y el "orden de la Naturaleza" y el "orden de las cosas" recibiría; en la *Kritik der reinen Vernunft* kantiana o en la dialéctica hegeliana de la *Phänomenologie des Geistes*, una nueva impronta.

La filosofía contemporánea, que es antropológica, interpretación de la existencia del hombre, estudia el orden, este concepto ineliminable de la filosofía de todos los tiempos, en función del hombre y de la relación—el orden es un concepto de relación—del hombre con el mundo. ¿Cómo se relaciona el hombre con el orden del todo, con el mundo en el cual se encuentra situado? ¿Cómo se relaciona con el orden o los órdenes del mundo de la historia en los cuales ha entrado al nacer, a título de acto de la historia de la humanidad y a título de miembro de una sociedad?

Estas dos cuestiones—dice H. Kuhn—, o mejor, la contestación a ellas nos demuestra la divergencia del pensamiento

en lo que respecta al orden. Porque el orden se nos presenta como un *donné*, pero también como *une entreprise à laquelle l'homme participe comme individu, comme peuple, comme humanité* (página 262). Y allí donde el hombre no puede intervenir creando el orden o el desorden, él es invitado, tomando posición *vis a vis* del orden con el cual entra en confrontación o que le envuelve, a aceptarlo o rechazarlo. Lo que significa ordenarse de una manera o de otra con relación a esta situación.

Una respuesta metafísica a la primera cuestión asigna al hombre un lugar que le es propio en el orden de las cosas. Su única posibilidad es la de cumplir y no hacerlo es su peligro mortal. Una segunda respuesta, exactamente opuesta a la anterior, afirma que no hay ninguna relación esencial entre el orden total y el hombre. El deber del hombre, según la fórmula de Nicolai Hartmann, "es mantenerse en un mundo que no se preocupa de la existencia del hombre". O según la expresión agnóstica, puesta en circulación por Heidegger: "El hombre está arrojado en el mundo". En estas concepciones el mundo es extraño al hombre y éste únicamente es quien ha de determinarse a sí mismo. La afirmación de este hombre "aislado", que no existe, es un desconocimiento o negación de la naturaleza humana.

Otras dos respuestas, contradictorias también, se dan a la segunda cuestión: una crítica y otra afirmativa. No se puede hablar razonablemente—dice el autor—de negación de una relación del hombre con el mundo de la historia humana. Por esto la respuesta crítica no podrá ser sino esta: "La afirmación de sí mismo, propuesta como deber al hombre, exige de él que adquiera su libertad combatiendo los órdenes tradicionales en los cuales ha nacido. Su deber histórico y el sentido de la historia misma consiste en una emancipación progresiva." Pero el principio de la crítica de los órdenes tradicionales ¿no se da ya como un principio de elaboración de un nuevo orden? La filosofía de la emancipación no puede evitar esta consecuencia.

Para la respuesta afirmativa o metafísica, la fuente del orden y el *principium ordinis ordinantis*, no se funda para el hombre en el todo del mundo-naturaleza, sino en una trascendencia. La determinación última del orden del hombre consiste en *ce qu'il es capax Dei* (pág. 266).

Es a partir de esta trascendencia cuando el hombre descubre su pertenencia al orden, ya al mundo-naturaleza como al del mundo de la historia.—E. S. V.

MAGNINO (B.): *Solitudine e crisi di valori*, "Sapienza", núm. 2 (1962) (páginas 1943-204).

Los motivos del exasperado individualismo por una parte y los de un cierto existencialismo por otra, confluyen como algo corrosivo en el pensamiento europeo de nuestro siglo. Heredero el individualismo de ciertas reivindicaciones del humanismo y el existencialismo de una corriente de pensamiento que ha abierto nuevas perspectivas no sólo a la especulación, sino también a la costumbre, los motivos de ambos, encontrados, se han agudizado y tomado una consistencia imperativa y revelan, al mismo tiempo, un estado de ánimo de ansiedad y de angustia, de desilusión y de soledad.

Si "existir—decía Kierkegaard—significa, ante todo, ser un individuo" si "el infierno—dice Sartre—son los demás y para el individuo lo es la sociedad", sólo la soledad es el estado "auténtico" del hombre que, manteniéndose en él, evitará caer en la "vida inauténtica" del ser con otros, de la convivencia.

El deseo de emanciparse de todo estreñimiento y de todo vínculo y ligamen, de negar toda forma de dependencia en el plano social como en el especulativo, ha conducido a la revuelta que de Camús a Sartre y a Kafka se expresa en términos harto conocidos. La incredulidad que niega al mismo tiempo la ciencia y la religión, la moral y el Derecho, es la base de la desconfianza. Esta nace, acaso, del terror de que ciertas experiencias históricas puedan repetirse; se tiene el temor de ser engañados, de ser víctimas de manejos políticos y sociales. La voluntad de infringir todo lo que limita la autonomía del individuo, a costa de descomponer el orden y la estabilidad del ambiente en que se vive, proviene de la desconfianza en la esencia de ese orden y esa estabilidad. Y por eso se prefiere permanecer solos.

La soledad nace, pues, de la falta de valores objetivos a que referirse. La crisis de nuestro tiempo—dice el autor y es ya un lugar común—, es crisis de valores. Por eso el hombre contemporáneo ha pretendido agarrarse a los mitos y ha confundido los mitos con la realidad, esa realidad que él mismo ha descartado del

campo de investigación y que, por tanto, no puede ya encontrar.

El drama de la conciencia moderna, que se desenvuelve en el más exagerado aislamiento del individuo en su yo, consiste, propiamente, en este eludir la posibilidad de defender concretamente la vida y sus valores.

Es lógico que la crisis del concepto de valor conduzca al hombre a sentirse sólo, porque el valor, como dice Le Senne, es "la relación interexistencial que uno no términos, sino personas", y no puede tener sentido sino por ellas. La crisis del concepto de valor, se trasluce en la crisis de cada uno y en la crisis del mundo social, porque expresa la fragmentariedad, el aislamiento, la ruptura del nosotros con los otros.

La crisis del concepto de valor y, por tanto, la crisis de los valores es—termina el autor—la crisis del encuentro entre los hombres; una crisis de solidaridad, una crisis de comunión; es la crisis del que quiere encerrar lo infinito y absoluto en lo finito y relativo; es la crisis del que no tiene poder mental o la disposición ética para superar lo contingente y por eso se relativiza hasta encerrarse en su yo; "un "io" sia ben chiaro, che non è più una fortezza, ma un carcere" (*ibíd.*). Desde esta cárcel el hombre no puede contemplar un horizonte fuera de él ni ver que también existen "los otros"; no puede subordinar todos sus prejuicios intelectuales y sus intereses particulares al amor a la verdad. "E quando l'uomo non è più capace di cercare la Verità, è allora che si sente ed è davvero disperatamente solo. La sua solitudine lo sospinge verso la negazione, come la negazione lo ha sospinto verso la solitudine" (pág. 204).

No nos queda sino subrayar la agudeza y acierto con que están captados en este breve estudio el carácter y la crisis de nuestro tiempo que, como dice muy bien, es una crisis de valores. Y, añadiríamos nosotros, no de cualquier valor, sino de los valores morales y metafísicos y, en definitiva, de la persona, que es el único sujeto y realizador de aquéllos.—E. S. V.

PARKER (Francis H.): *Classical Realism and the Integration of Knowledge*, en "The Review of Metaphysics", XIV, 3, 1961 (pás. 543-564).

Se subraya el hecho de la autonomía y desamparo, por parte de los principios